

Profesor Josep Fontana
Universitat Pompeu Fabra
Plaça de la Mercè, 10-12
08002 Barcelona

Reykjavik, jueves 30 de octubre de 2014

Estimado profesor Fontana,

Me permito dirigirme a usted porque preveo estudiar su artículo *La deriva nazi del Partido Popular*¹, con mis alumnos franceses y, asimismo, incluirlo en un corpus de documentos que estoy preparando en relación con la cuestión catalana. Busco someter dicho corpus a una discusión que respete los principios de la institución escolar, es decir, que sea leal, rigurosa y racional. Deseo, asimismo, que esta iniciativa, en la cual los alumnos franceses y españoles constituirían como una tercera parte neutra, una suerte de tribunal que no juzga, pero que busca entender, sirva para que se cree un espacio de discusión que permita un diálogo entre adversarios y que se facilite así el buscar una salida sensata a la crisis institucional que se está viviendo en estos momentos. Lo que solicito a usted y a las personas que estoy contactando es que ante estos jóvenes y ante nosotros, docentes, que recibimos la función de hacer de ellos personas respetuosas de los valores de una ciudadanía democrática, acepte cada cual argumentar con rigor y lealtad, aun cuando los desacuerdos sean profundos.

La cuestión central que preveo tratar en mi clase es la de la legitimidad de la analogía. Inspirándome del profesor Bouveresse², consideraré que una analogía entre los objetos A y B es legítima si comparar A con B permite esclarecer ciertas características del objeto A gracias a lo que sabemos del objeto B. Observar que el tigre es como un gran gato me puede permitir comprender las técnicas de caza del tigre a partir de lo que yo sé de las del gato. Para que sea legítima, una analogía debe ser lo más pertinente posible. Comparar el tigre con el caballo porque ambos son cuadrúpedos será menos pertinente que comparar tigre y gato.

Anuncia usted en las primeras líneas de su artículo que reconoce que el título del mismo pueda parecer provocativo, reconociendo que *hay grandes diferencias entre la España del 2013 y la Alemania de 1933*. Pero no es ello óbice para que llame usted la atención sobre la semejanza que tienen, en sus objetivos, la actual política centralizadora del Partido Popular y la actuación del NSDAP (el partido nazi alemán) en 1933, en su lucha por hacerse con el poder absoluto. La mayor de las diferencias es, nos dice usted, que Hitler

¹ <http://www.elperiodico.com/es/noticias/opinion/deriva-nazi-del-partido-popular-2336761>

² Jacques Bouveresse, *Prodiges et vertiges de l'analogie : De l'abus des belles-lettres dans la pensée*, Éditions Raisons d'agir, 1999, 158 páginas.

debió recurrir a la violencia mientras que al PP le *basta* la mayoría absoluta de que dispone en las cámaras. Se trata de un recurso retórico muy usado : la diferencia entre los actos del PP y los Hitler se deben al contexto, son contingentes, pero, en el fondo, son ellos bastante parecidos. La idea consiste en equiparar los crímenes reales del NSDAP con aquéllos que, se sugiere, hubiera cometido el PP de no disponer de la mayoría absoluta. El que Suecia no haya cometido los crímenes que Francia cometió en Argelia no significa que no los hubiera cometido en circunstancias similares. Seguro. Pero el historiador o el comentarista leal, intento yo transmitir a mis alumnos, no confunde lo que pasó y lo que podría haber pasado. Su posición, distinguido profesor Fontana, busca también reducir a algo meramente contingente lo que podría considerarse como fundamental : el que el PP disponga de la mayoría en ambas cámaras no sólo le permite tomar ciertas decisiones sino que también confiere a las mismas una legitimidad democrática, que podrá ser cuestionada, por supuesto, pero no aniquilada, con lo cual los actos del PP, por brutales que hayan podido parecer a muchos españoles, no podrán ser equiparados, en términos jurídicos por lo menos, a los del NSDAP, lo que viene a constituir una diferencia bastante importante, no meramente contingente, que no es muy juicioso soslayar. El resto de la argumentación reposa en la ecuación « centralización + debilitamiento de los sindicatos + control de la enseñanza = lucha por conseguir el poder absoluto » :

« El Partido Popular ha seguido un camino parecido a partir de la reforma laboral de febrero del 2012, que mermó la influencia de los sindicatos y la capacidad de resistencia de los trabajadores, y ha continuado después debilitando las comunidades autónomas con imposiciones legales y con el estrangulamiento económico, a la vez que procedía a vaciar de capacidad política a diputaciones y ayuntamientos, reducidos a funciones administrativas, y se preparaba para controlar la enseñanza con la reforma educativa de **Wert**. »

Este párrafo describe evoluciones que pueden preocupar a los ciudadanos, pero el equiparamiento de las mismas con el poder nazi parece arbitrario, toda vez que 1. el debilitamiento de la capacidad de resistencia de los trabajadores es un fenómeno al que se asiste en numerosos países en estos años, 2. la elección de un estado centralizado o no difiere de la de la democracia (no sería absurdo afirmar que el Estado francés es más democrático que el español, el estadounidense o el mejicano), 3. el control de la educación que supone la ley Wert parece a muchos brutal, pero es limitado y, sin duda, en parte más retórico que real ; controlar la educación hasta el punto de que la comparación con el poder totalitario nazi tenga algún sentido implicaría mucho más que lo que contiene la reforma Wert y 4, estas evoluciones son reversibles ; pueden ser anuladas si los electores lo deciden, ya que nadie piensa, no creo que usted lo haga tampoco, que el PP desee salir del marco constitucional perpetuándose en el poder sin organizar las elecciones que la Carta Magna prevee³.

Yo pienso que usted reconocerá que, puestos a buscarle analogías a la evolución del PP, se las encontraremos mejores y más apropiadas en nuestro entorno político actual. El único punto para el que no encuentro una analogía inmediata superior a la que usted realiza con el nazismo es la cuestión de la centralización. Pero lo más probable, me parece, es que si nos ponemos a estudiar las veleidades centralizadoras del PP o de UpyD y las comparamos con

³ A usted le preocupa que la democracia se limite al voto cada 4 años, lo que es, me parece legítimo. Pero no creo que lo lleve dicha preocupación a negar que hay una diferencia fundamental entre poder votar cada 4 años y no poder hacerlo en absoluto.

la llevada a cabo por el nazismo, las diferencias resultarán pronto tan apabullantes que ningún historiador se pondría a escribir un artículo serio sobre el tema. Y usted tampoco, señor profesor, de eso estoy seguro. Yo creo que ahí reside una parte del problema : ¿no habría que imponerse el mismo nivel de rigor cuando uno escribe para la prensa o para la escuela y cuando lo hace para una revista profesional ? O, por lo menos, ¿no habría que intentar acercarse a ese estándar ?

Quizás critique usted las limitaciones que he impuesto al uso de la analogía, en particular la obligación que postulo de recurrir a la más pertinente. Podrían adoptarse criterios menos estrictos : sería legítima una analogía que no fuese demasiado falsa, cuando se trata de algo particularmente deleznable con lo que toda proximidad debe ser reprobada. Alcanzaría con encontrar algunos elementos comunes para luego emplazar al adversario a que demuestre él la falsedad profunda o la naturaleza espuria de la acusación. Bastaría que el objeto A y el B se parezcan *un poco* para que la comparación se justifique y desempeñe su función de alerta o aviso de que se acerca uno a algo terriblemente peligroso. Estaríamos recurriendo a una suerte de principio de precaución : *lo que yo digo se parece un poco, aunque sea muy poco, a algo terriblemente peligroso. Si bien la similaridad es débil, el riesgo es tan grande que debo, por prudencia, evitar dicho riesgo a toda costa.* En su caso, profesor, se ha utilizado, para descalificarlo, su militancia comunista⁴.

¿Es legítimo este empleo de la analogía ? En todo caso, no podemos negar que recurrimos a él de manera bastante frecuente y espontánea. Podemos verlo como una manera de actualizar enseñanzas del pasado, como un operador que permita proteger el presente de horrores pasados. Vista así, la analogía no es un vector de conocimiento, sino de posicionamiento moral y no se basa en un conocimiento neutro u objetivo sino en una ponderación ética que busca la prudencia y que da un peso especial a ciertos acontecimientos que hieren particularmente nuestra conciencia moral. Ahora bien, estas analogías son difíciles de manejar y su abuso puede producir resultados sorprendentes. En general, recurrimos a ellas sólo cuando nos conviene y las rechazamos cuando cuestionan nuestras certezas. Un riesgo de usar así la analogía es que se derive de la necesidad legítima de protegernos contra males particularmente atroces hacia la instrumentalización de los mismos. Y por supuesto, dicha deriva contiene también el riesgo de la banalización y del acostumbramiento y de que el día en que emerja una situación que presente similaridades profundas con el episodio inicial, el poder de évocación de la analogía se haya atenuado, con lo que se descartará el aviso como un episodio más de la instrumentalización.

Es bastante fácil enjuiciar el recurso a la analogía cuando se la admite sólo con los criterios estrictos que yo proponía más arriba. Lo es mucho menos cuando se admite el uso que acabo de describir. Se trata de apreciar la oportunidad de un enunciado que, por definición, contendrá cierta desmesura...

Yo creo que el primer criterio al que podemos recurrir es el de la riqueza y la elaboración de la analogía. Una analogía como la que usted ha formulado puede considerarse como insultante, pero ganará en admisibilidad si se fundamenta con una argumentación sólida. En este sentido, el lector del artículo, podrá, me parece, sentirse frustrado : es que la argumentación la despacha usted en un párrafo. ¿Que no podía usted efectuar los desarrollos que le pido en un artículo de diario ? Seguro. Pero quizás hubiese sido apropiado, por ello

4 <http://blogs.elconfidencial.com/espana/notebook/2013/03/23/refutacion-de-la-deriva-nazi-del-pp-10965/>

mismo, ser más prudente y no incurrir en unas formulaciones lapidarias de las que *sólo o casi sólo* queda el impropio o la descalificación.

Otro criterio podría ser el pragmático. Se evaluaría la legitimidad de un enunciado excesivo con el rasero de su eficacia. Un gesto desplazado puede disculparse si los efectos que produce son salutíferos. Otro criterio podría referirse a la intención y residir en el estado psicológico de la persona : una persona que actuase impelida por una indignación sincera que no pudiera sofrenar.

Según entiendo, usted mismo lamentó la elección del título de su artículo al atribuir al mismo la consecuencia indeseable de que hubiera oscurecido lo que usted aspiraba a explicar. No podremos pues invocar unos efectos favorables que usted mismo, según entiendo, excluye. Permítame agregar, al margen de estas consideraciones, que, cuando usted declara arrepentirse de aquel título, lo hace refiriéndose a sus consecuencias indeseables que, se entiende, residen más bien en la miopía o a la malevolencia de los lectores que en el hecho de que dicho título haya sido una falta :

« La verdad es que me arrepiento de haber adoptado finalmente la primera opción, no por ahorrarme los insultos, sino porque ha dado lugar a que se reduzca lo que quise decir a un ataque al Partido Popular, cuando lo que me importaba era llamar la atención acerca de una deriva realmente grave de nuestra política, a la que el Partido Socialista no es enteramente ajeno (no he visto que se haya pronunciado abiertamente por la derogación de la reforma laboral, que es una de las piezas esenciales de este desarme democrático). »

Que tenga usted lectores poco piadosos, me parece evidente. No quita que, aquí, no es que *se* reduzca lo que usted ha querido decir, es que usted lo ha reducido solo. Y es que el problema es que se ha leído no lo que usted quería decir, sino lo que dijo ; lo cual -le confesaré- me parece bastante normal. En lo que usted quería decir, en lo que dijo después⁵ se incluye la crítica al PSOE ; no en lo que usted dijo. Lo que usted dijo se reduce a una crítica del PP, que es lo que usted deplora que se hizo, pero que es sobre todo lo que usted hizo, lo que usted dijo, si bien no fue, nos dice usted después, lo que usted quería decir.

El último párrafo del segundo artículo que menciono parece designar el curso futuro de los acontecimientos como método para saber quien tiene razón :

« A quienes se han dedicado a insultarme por advertir los riesgos del actual desguace de la democracia en España no tengo más que decirles que bastará que esperemos unos meses para ver cómo evolucionan las cosas: la calle nos dará la razón a unos o a otros. »

Supongo que aquí abandona usted la analogía con el partido nazi y que se refiere a disturbios, pero confieso no entender muy bien cómo podría conectarse lo que pase en la calle con su preocupación por el desguace de la democracia española para transformar los meses consecutivos a la fecha en que se publica el artículo, el dos de abril de 2013, en balanza que permita sopesar sus posiciones y las de sus adversarios. Intuyo, sin embargo,

5 <http://www.elperiodico.com/es/noticias/opinion/sobre-destruccion-democracia-2353529>

que las protestas que se han producido, cuya amplitud ha ido atenuándose -tengo la impresión- desde la fecha de publicación de su artículo, no le serían muy favorables como indicador.

Tal vez haya usted actuado movido por la indignación. El que se trate de un escrito resta fuerza a este argumento, pero no lo anula. Numerosos han sido en estos últimos tiempos los dictámenes que asocian soberanismo y nazismo⁶. Considerar su artículo como un rayo en un cielo sereno sería tendencioso. Puede pensarse que su texto es una dolida respuesta a tantas y sulfurosas acusaciones que, desde el nacionalismo español, se han vertido sobre el proceso catalán. De ser así, pienso, señor profesor, que debería usted habérselo indicado. Además, me parece que más hubiera valido desmontar unas afirmaciones que, a ojos de muchos, desacreditan⁷ a sus autores que incurrir usted mismo en excesos.

Yo a usted, señor profesor, lo conocía sólo de nombre. Lo que he estado leyendo en estos días de y sobre usted, si omitimos el artículo que critico, me da ganas de leer sus libros. El escribirle surge, creo, de mi perplejidad. Me gustaría saber, para explicárselo a mis alumnos, cómo articular el artículo que menciono con su obra. Me parece que hay ahí un hiato, pero pienso también que si usted nos ayudase a comprenderlo, a mis alumnos y a mí, y si luego difundiésemos sus comentarios y nuestras interrogaciones, podríamos juntos contribuir a fortalecer los valores de una ciudadanía democrática y la exigencia de que prevalezca una argumentación rigurosa, algo en lo cual usted estará, seguramente, más cómodo que en la polémica mediática.

Lo saluda atentamente,

Sebastiân Nowenstein

professeur agrégé,

lycée Raymond Queneau

Villeneuve d'Ascq

Francia.

PD : Publico esta carta en mi blog : <http://sebastiannowenstein.blog.lemonde.fr/>

6 Un no exhaustivo florilegio aparece en diario.es : http://www.eldiario.es/catalunya/episodios-comparaciones-odiosas-nacionalismo-catalan_0_108839791.html

7 *Si no condenamos a Martín Fierro*, escribe Borges, *es porque sabemos que los actos suelen calumniar a los hombres* : un título desafortunado no desacredita una obra.